

BOLETÍN DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA EN EL ESPÍRITU



Número 18

Diciembre de 2008

Palabra de Dios

"... Os ha nacido el Salvador, el Mesías, el Señor"

Lc 2, 11

Índice

Editorial	1
Enseñanza: "La Confirmación" Juan Luis Rascón Ors	2
Este Mes: "Don de Consejo" M ^a Jesús Casares	5
Para Meditar	11
El Rincón de los Testimonios	12
Noticias...Noticias...Noticias	14
Ideas Para tu Biblioteca	15
A Tu Servicio	16



La Gran Noticia

Queridos hermanos: Se acerca la Navidad y la santa Iglesia, que vela siempre por nosotros, nos recuerda cada año el nacimiento de Jesucristo, según lo relata San Lucas: "... escuchad la gran noticia: ...Os ha nacido el Salvador, el Mesías, el Señor".

¿Habéis orado con estas palabras alguna vez? Os invitamos a que estos días de adviento lo hagáis y le pidáis al Señor el don de sabiduría y piedad, para que viváis saboreando todos los días de vuestra vida terrena el significado de LA GRAN NOTICIA.

Es muy difícil poder expresaros con palabras la alegría tan profunda que experimentamos al descubrir, sólo por la luz del Espíritu Santo, que ese Dios que estaba muy, muy lejos para nuestra alma (inteligencia, conocimiento, entendimiento...), por amor y misericordia a su pueblo haya querido regalarnos el hacerse niño (pequeño, indefenso, frágil, pobre...) para que le podamos tocar.

Nos ha nacido el amor, la misericordia, la esperanza, la salvación. Ahora ya mora en nuestro "pesebre", es el Señor de nuestros miedos, de nuestras angustias, de nuestros fracasos, de nuestros triunfos, de nuestras alegrías... Es el Señor de señores, es el Rey de reyes cada día. Sí, hermanos, nace cada día en los corazones llenos de alegría que le dejan nacer, porque ante todo nos deja elegir. Ahora ya no estamos solos, está dentro de nosotros, nuestro guardián no duerme ni reposa.

Nos ha nacido el amor, ese amor que nos brota desde lo más hondo, ese amor que no requiere el conocimiento del otro para amarlo.

Nos ha nacido la esperanza; nuestra vida, hasta entonces efímera, ha alcanzado en Jesús Niño la eternidad.

Nos ha nacido la salvación, ese Niño que con su sangre pagará por nuestros pecados.

Pidámosle al Niño que ya nace que nos conceda por su Santo Espíritu la gracia de poder unirnos a los ángeles y a los santos y entonar aquí en la tierra, todos los días de nuestra vida, como lo hacen ellos en el cielo, cantos de júbilo.

!!!Gloria, gloria, gloria al Señor!!! !!!Gloria a nuestro Salvador, Gloria al Cordero de Dios, Aleluya, Aleluya!!!



Enseñanza: La Confirmación *

Al enterarse los apóstoles que estaban en Jerusalén de que Samaria había aceptado la Palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan. Éstos bajaron y oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo, pues todavía no había descendido sobre ninguno de ellos; únicamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo (Hch 8 14-17)

** NOTA: Esta enseñanza fue predicada en mi grupo de oración y después la he transcrito y corregido.*

Hoy toca hablar de la Confirmación en esta serie de enseñanzas sobre los sacramentos. Probablemente todos, o casi todos, de los que estáis aquí habéis recibido ya la Confirmación. ¡Es importante que sepamos, que conozcamos, lo que supone este sacramento en nuestra vida de fe!

Una palabra que nos puede ayudar mucho y nos puede guiar en la enseñanza es la palabra UNCIÓN. En la canción que habéis cantado mientras me imponíais las manos se hablaba de la “unción”, y la unción es algo muy importante, porque si yo me pongo a hablar de lo que he sacado de cuatro libros, o de lo que se me ocurra, os serviría de poco, pero ahora, por esta “unción”, por ese rito o gesto por el cual se escoge o señala a una persona para una misión, podemos tener la seguridad de que esta enseñanza, lo que os voy a decir, viene del Señor.

La palabra y el significado de la unción también nos sirve para deshacer un equívoco extendidísimo, un equívoco tremendo. Cuando le preguntas a un chaval en la catequesis ¿qué es la confirmación?, casi el cien por cien suelen contestar algo como: “...cuando yo era pequeño mis padres me llevaron a bautizar y yo no me enteré de nada, pero ahora ya soy mayor y, más o menos a la edad en que ya puedo votar, soy libre, decido por mí mismo y “confirmo” lo que hicieron mis padres”. ¡Aquí está el equívoco! No soy yo el que “confirmo”, es justo al revés. Es Dios quien, por una “unción”, que es un signo sacramental que hace la Iglesia, “me confirma”. La confirmación no es algo que tú haces sino que es algo que Dios hace en ti. Está claro que si tú no quieres Dios no te confirma, pero tú sólo po-

nes tu libertad, nada más. La confirmación es, como los demás sacramentos, una Gracia de Dios, una acción de Dios gratuita. En la Iglesia latina el candidato a recibir la confirmación sólo debe haber llegado al uso de razón, estar en estado de gracia de Dios, tener la intención de recibir el sacramento y estar preparado para asumir su papel de discípulo y testigo de Cristo (cfr. CEC, nº1319).

En las Iglesias de Oriente, tanto ortodoxas como católicas, este sacramento se administra inmediatamente después del bautismo y es seguido de la participación en la Eucaristía, lo cual pone de relieve la unidad de los tres sacramentos de la Iniciación Cristiana (cfr. CEC, nº1318). Así también se hace en la Iglesia Católica de rito latino cuando el que recibe los sacramentos de Iniciación es un adulto (Ver ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos). Pero en Oriente lo hacen con los bebés, según los bautizan les dan la confirmación y la Eucaristía. Para nuestra mentalidad, que es un poco “pelagiana”, esto es una barbaridad. ¿Cómo pueden confirmar a un niño sin enterarse. ¡Pues mira, hijo! porque es una gracia de Dios y ya la conocerá y ya la disfrutará; es una prueba evidente de que la Confirmación no es algo que tú haces sino que Dios hace en ti sacramentalmente.

En la diócesis de Madrid y en muchas otras se está empezando a hacer este itinerario con los niños y jóvenes. Los tres sacramentos de la Iniciación Cristiana son, por este orden, Bautismo, Confirmación y Eucaristía.

El Bautismo nos abre la puerta a la comunión con Dios; la confirmación nos fortalece y, por la Eucaristía parti-

cipamos en plenitud de esta comunión con Dios. Por eso, en la Iniciación Cristiana, es muy importante el orden de los sacramentos que no está en función de que el niño, el joven, o quien sea, se entere más o menos, sino que tienen ese orden propio. Es importante recuperar ese orden de los sacramentos. Por eso, ahora, lo que está haciendo la Diócesis de Madrid, lo que estamos haciendo también en la Parroquia es dar el Bautismo a los niños, fiándonos de la fe de los padres, que se obligan a transmitir la fe a sus hijos y facilitarles después la instrucción o catequesis que se les perdona, en ese momento, porque la aprovecharían poco, la verdad. Pero es necesario que los niños, en el momento adecuado, reciban la instrucción correspondiente a la Iniciación Cristiana, la que tendría que hacer un adulto que se quisiera bautizar. Y no es una instrucción meramente intelectual, dirigida a una adquisición de conocimientos, sino también una instrucción existencial, dirigida a una metanoia (conversión), a un cambio de mentalidad, a vivir una vida nueva, la vida de hijos de Dios, la vida en el Espíritu.

Después, lo que estamos haciendo es la Confirmación y la Comunión pero lo hacemos un poquito mal, porque reciben la Primera Comunión y siguen en catequesis y, a los dos años, a lo mejor con 12, hacen la Confirmación. Está mal el orden pero hacemos una cosa bien que es dar íntegramente la catequesis de Iniciación Cristiana. En la Iglesia cuando una persona ha encontrado a Cristo y ha creído en Él y ha deseado recibir el Bautismo, se le ha hecho la Iniciación Cristiana, que es una catequesis que conocemos, porque es el credo, los sacramentos,

los mandamientos y el padre nuestro, la catequesis tradicional de la Iglesia, y se inicia un catecumenado en que se le va dando esa catequesis junto con unos ritos que le van iniciando y culminan con el Bautismo, Confirmación y Eucaristía. No hacemos bien el orden de los sacramentos, pero sí hacemos bien en dar esa catequesis completa, de manera que un niño cuando empieza la catequesis, sabe que, sin interrupciones, va a acabar recibiendo la catequesis de Iniciación Cristiana completa y recibirá los tres sacramentos de Iniciación Cristiana.

Bueno, pues esto es lo que estamos haciendo aquí y muchos padres se extrañan, porque dicen ¡qué barbaridad darles a los niños la Confirmación con 12 o 13 años!, y estamos en lo mismo. Lo más importante no es la edad. Lo importante es que haga bien su Iniciación Cristiana. Algunos se extrañan también, por ejemplo los chavales más mayores que han seguido otro proceso y han hecho la Primera Comunión y luego esperan unos años y vuelven a hacer catequesis y dicen ¡pero bueno, nosotros aquí con 17 o 18 años sin confirmar y estos mocosos de 13 se están confirmando antes que nosotros! -¡¡chico eres un envidioso!!-. Eso no puede ser, muy mal, ¡alégrate de que estos niños reciben la gracia de Dios antes! y alégrate tú de que la vas a recibir pronto. Pues no, tenemos esa mentalidad de que hacemos nosotros las cosas, de que es una carrera que tenemos que cumplir, unos estudios, pasar unos exámenes con nuestro esfuerzo y luego nos dan el premio que es la Confirmación ¡pues no es nada de eso! ¡no es nada de eso! La catequesis no debería ser algo que uno “tiene” que “hacer para”, sino algo que uno desea hacer. Debe desear conocer a Jesucristo, debe desear profundizar en la fe, en aquello que ha creído; por tanto, la catequesis no es como decían antes: “curso de catequesis” ¡pues tampoco me gusta mucho! Porque no es un “curso” como el carnet de conducir que me lo tengo que aprender para que me aprueben; es una gracia, es un don de Dios, un camino existencial de crecimiento. Un camino de purificación e iluminación en que se va engendrando un sujeto nuevo.

Es muy importante que no se “instrumentalice” el sacramento de la Confirmación. Cuanto más tarde hagan los chicos la Confirmación, mejor, porque así están más años en la Parroquia. Muchas veces pasa que se confirman y se largan y no vuelven a aparecer por la Parroquia, ni por Misa ni nada y es una queja que siempre tenemos y decimos: bueno pues vamos a dársela más tarde, cuando tengan 18 o 19 años, por lo menos los tenemos hasta los 19 años en la Parroquia y ¡bendito sea Dios! Pero no es eso, a lo mejor la causa de que no se queden en la Parroquia, de que no les interese la Iglesia, o de que no sigan, no es que hayan recibido la Confirmación a tal edad o tal otra. Son otras razones: que no han encontrado verdaderamente al Señor, que no se les ha sabido transmitir, bueno pues... si queremos solucionar ese problema, tenemos que pedir al Señor que nos ayude, que nos dé luces, que nos haga buenos apóstoles, pero no instrumentalizar, utilizar un sacramento para un objetivo pastoral de tener más o menos gente en la parroquia.

Vuelvo a lo que dije al principio de la palabra “unción”. El rito propio de la unción es con aceite. El aceite es signo de alegría y de honor y, en el Antiguo Testamento, las unciones son ritos consecratorios. Es un rito que consiste en marcar con un signo exterior determinados objetos, lugares o personas que han sido elegidos por Dios para ser instrumentos suyos. Pero en la Biblia, muchas veces, esas unciones se realizan de otra manera; se realizan con una imposición de manos. Por ejemplo, al profeta Eliseo se le ungió para su misión poniéndole por encima el manto de Elías. Todos estos ritos de unción tienen este aspecto de cubrir totalmente a la persona. Podemos encontrar muchos ejemplos de “unciones” en el Antiguo y Nuevo Testamento.

Cuando se muera el Rey Juan Carlos, a quien Dios guarde muchos años, veremos cómo coronan a su hijo Felipe. Será el signo que nos haga ver a todos que ha sido investido de un poder y de una condición, la realeza. Quedará como “consagrado” a esa

misión para toda la vida. Es el rito de la coronación. En Inglaterra es mucho más vistoso que aquí. En el mundo antiguo y en el Antiguo Testamento, en la tradición de Israel, no se coronaba a los reyes. A los reyes, a los profetas, a los sacerdotes, alguien que iba a cumplir una misión especial, que iba a hacer algo para lo cual era elegido y superaba sus fuerzas era ungido. En las películas de romanos sale muchas veces como ungen a alguien, le ponen ordinariamente como Dios lo trajo al mundo y le recubren por completo de un aceite, que es el crisma. Se llama así en griego y esa persona es el ungido; en hebreo es mesías, en español ungido. Jesús es el Cristo, es el Mesías, es el Ungido porque Él ha sido ungido por Dios con el Espíritu Santo en el Jordán y nosotros somos ungidos, somos cristos, porque hemos sido ungidos también con ese mismo Espíritu que nos hace hijos de Dios. Hemos recibido el Espíritu Santo que nos unge, que nos señala, que nos consagra, que nos marca, para ser mucho más que reyes, mucho más que profetas, mucho más que sacerdotes, para ser otros cristos. Somos Cristo, por eso somos cristianos. En el Bautismo recibimos la filiación, se nos unge con el Espíritu Santo.

La Confirmación es también una unción y es una unción con el Espíritu Santo, no con aceite, sino con el Espíritu Santo, pero el signo es el aceite. El Obispo impone la mano sobre la cabeza del que se va a confirmar y le hace una señal de la cruz en la frente con el óleo. Esta unción es sacramental; es decir, es un signo eficaz que produce aquello que significa, recibimos de verdad el Espíritu Santo. En el Bautismo esta unción se hace con el crisma en la coronilla de los niños, es una manera de señalar que ese niño ha recibido el Espíritu Santo y que algún día recibirá la Confirmación, aquí se ve la unidad de estos dos sacramentos de la Iniciación Cristiana.

El sacramento de la Confirmación, dice el catecismo de la Iglesia Católica: “es conferido por la unción del santo crisma en la frente, imponiendo la mano, con estas palabras: recibe por esta señal el don del Espíritu Santo” (cfr. CEC, nº1320) y la gracia que

recibimos en la Confirmación es la gracia del fortalecimiento.

En la vida de la gracia nos ocurre como en la vida natural, primero somos engendrados, luego gestados, después se nos da a luz y luego somos fortalecidos de muchas maneras. Somos hijos de nuestros padres por los genes, por la sangre, pero también hay muchas cosas después que nos hacen hijos de nuestros padres, nos hacen parecernos más a nuestros padres, nos dan el carácter de nuestra familia. No venimos al mundo y ya nos quedamos tal cual para siempre, crecemos, nos fortalecemos, se fortalece en nosotros el carácter de nuestra familia, nos parecemos a nuestros padres porque tenemos los mismos genes que ellos, pero nos parecemos también por lo que nos van dando después, que nos hace crecer, que nos hace hombres, nos hace mayores. De forma similar en la vida de la gracia nos ocurre lo mismo. Somos concebidos por un kerigma o anuncio, somos gestados en un catecumenado, venimos a la vida por el Bautismo pero somos como niños, somos como bebés, luego somos fortalecidos y crecemos, se nos fortalece con la Confirmación el carácter, ese parecernos, ser otros cristos; luego se nos alimenta con la Eucaristía; cuando nos ponemos malitos la enfermedad del alma es el pecado y la medicina es la confesión. La Confirmación es el fortalecimiento, el fortalecimiento de esa primera gracia del Bautismo.

En la Confirmación hay una verdadera unción, una especial efusión del Espíritu Santo tal y como sucedió en Pentecostés. Según dice el compendio del catecismo de la Iglesia Católica: “somos ungidos por el mismo Espíritu Santo” y es una unción de alegría. Las unciones que podemos encontrar en las Sagradas Escrituras siempre van unidas a la alegría, van unidas a un honor, a recibir un honor y también a recibir una consagración para una misión. Esta unción del Espíritu Santo que recibimos en la Confirmación es una unción de alegría puesto que recibimos los dones del Espíritu Santo, porque fortalece nuestra vida, la vida que hemos recibido en el Bautismo, porque nos otorga un crecimiento en

la gracia, nos une fuertemente más a Cristo y a su Iglesia, arraiga nuestra filiación divina y nos da fuerzas para el testimonio.

A mí me preguntó una vez un chico “¿y yo de verdad ¿voy a notar esto?” Y yo le dije “¡espero que sí!”. Porque yo lo he notado, yo me confirmé como todos los de mi época con 17 ó 18 años y lo noté, y de hecho a los dos o tres años me vino la vocación, cosa que ni se me había pasado por la cabeza y yo creo que tiene que ver. Mi madre se confirmó hace poco, con 78 años, y también lo he notado en ella. Nunca lo hemos hablado pero yo le he notado desde que se confirmó un fortalecimiento de su fe, muchos dones, muchas cosas, más unión con la Iglesia, más unión con Cristo.

En el Evangelio podemos ver cómo este mismo proceso se produce también en los apóstoles y en los discípulos. Ellos un día recibieron la gracia del encuentro con Cristo, pero vivieron con él todos los acontecimientos de su vida, su muerte y su resurrección y estuvieron llenos de miedo, de debilidades y de estrechez de miras hasta el día de Pentecostés. Conocieron a Cristo, creyeron en él, recibieron la gracia, renacieron de nuevo, fueron hechos criaturas nuevas, pero luego recibieron el Espíritu Santo en Pentecostés y fue cuando perdieron los miedos, crecieron, se hicieron apóstoles, y se ensancharon sus miras y sus almas y recorrieron el mundo anunciando el Evangelio, construyendo la Iglesia y dando el testimonio de la sangre. Eso es lo que ocurre en la Confirmación. Por eso la Iniciación Cristiana no es “de sopetón”. Dios no hace las cosas ajeno a nuestra forma de ser, a nuestra humanidad y lo mismo que en nuestra humanidad hacemos las cosas en procesos y crecemos, en la vida de la gracia nos ocurre igual.

Lo más importante es que hoy nos quedemos con esto y que agradezcamos al Señor lo que hemos recibido. Que hemos recibido de Él y que no hemos hecho nosotros.

La barbaridad más grande que he hecho en mi vida inconscientemente

fue en la Confirmación en la Parroquia en que me confirmé. Nos hicieron hacer un credo, -“como ya sois mayores y ya tenéis capacidad y tenéis libertad y todas esas cosas, vais a hacer vosotros vuestro propio credo”- y nosotros, como idiotas nos lo creímos. “¡Ay!, que bien, vamos a hacer un credo, venga a ver en qué creemos..., pues yo creo en Dios que ha creado todas las flores y todas los pajaritos y no sé qué y en Jesucristo que es guay, nos enseña a ser buenos y nos da ejemplo de amor a los pobres, como Ghandi y no sé qué y no sé cuánto...”. Hicimos un credo larguísimo que era un rollo y que seguramente contenía diez o doce herejías, muchas cosas muy bonitas también y muy verdaderas, pero no era la fe de la Iglesia. Cuando recibimos la Confirmación hacemos también la renovación de las promesas bautismales, la renovación de la profesión de fe. ¿Por qué? porque nosotros somos confirmados en la fe de la Iglesia, no en una fe mía personal o en la última neura que le da un viernes por la tarde a un teólogo o a un pastoralista. La Confirmación nos une estrechamente a la Iglesia, nos hace cristianos fuertes, imprime ese carácter que ya no nos abandonará nunca, aunque seamos infieles al Señor. Lo llevaremos siempre en nuestras almas como un sello grabado a fuego. Vamos a darle muchas gracias al Señor, vamos a pedirle los frutos y los dones del Espíritu Santo. Si hay alguno que se anima porque no lo tiene ¡¡pues hay unas catequesis estupendas en la Parroquia para completar la Iniciación Cristiana, a cualquier edad!! Es una gracia que todo cristiano debe recibir. Es una pena que haya muchos cristianos sin confirmar ¡no! Tienen el Bautismo pero es como si hubiesen nacido y no les hubieran dado la leche y están ahí, raquíticos. La gracia de Dios hace todo, pero necesitamos, necesitamos este sacramento, recibirlo y completar nuestra Iniciación Cristiana.

Juan Luis Rascón Ors

Este Mes: Don de Consejo

“Desde entonces, comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día. Tomándole aparte, Pedro se puso a reprenderle diciendo: “¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!” Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: “¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!” (Mt. 16, 21-23).

Toda nuestra vida está llena de decisiones. No sólo las grandes y transcendentales que determinan nuestra vocación y nuestra existencia, sino también las pequeñas decisiones de la vida de cada día. Vivir es elegir. Y estas decisiones podemos tomarlas guiados únicamente por nuestra razón, nuestra prudencia y nuestro discernimiento puramente humano o podemos tomarlas inspirados por el Espíritu Santo, a la escucha de la voluntad de Dios por medio de este precioso don de consejo.

En este pasaje del evangelio de san Mateo vemos cómo Pedro, ante el anuncio que les hace Jesús de su pasión, decide de un modo puramente humano. Pedro acaba de hacer su solemne profesión de fe; con todo su corazón, sinceramente, acaba de confesar que Jesús es el Mesías esperado: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” y, ante esta proclamación, el Señor le elige jefe, “piedra” de la Iglesia que va a fundar con el sacrificio de su vida. Y, sólo unos momentos después, Pedro ha de tomar una decisión; y su postura es una postura prudente, razonablemente humana, tomada con criterios humanos: él espera un Mesías triunfante, que libere al pueblo oprimido. Entonces ¿cómo van a ir a Jerusalén para que Jesús sea asesinado por los judíos? Él tiene puestas sus expectativas humanas, razonables y lícitas, en ese Reino que Jesús viene a restaurar. Desea un puesto a su lado, lo mismo que los demás apóstoles (Mt 20, 20ss), ¿cómo va a terminar todo en un fracaso semejante? Además, Pedro quiere a Jesús, lo quiere de verdad, ¿cómo su buen corazón va a permitir el sufrimiento y la muerte de su amigo?

Pedro es razonable, prudente, compasivo, lleno de amor... ¿No diríamos

nosotros lo mismo a nuestro mejor amigo? Pero sus “pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres”. Le ha faltado la luz del Espíritu Santo, le ha faltado su consejo y, por eso, su decisión está en contradicción con el plan de Dios. Jesús, por el contrario, lleno del Espíritu Santo, guiado por sus dones, ha conocido que ese Mesías triunfante antes ha de pasar por ser el Siervo doliente, que tiene que sufrir y morir para resucitar después al tercer día. Jesús ha discernido la voluntad del Padre y la ha aceptado llevado por el don del Espíritu Santo. Y desde ese discernimiento y esa aceptación tiene unas palabras durísimas para Pedro, porque Pedro, de piedra firme de fe ha pasado a ser piedra de tropiezo, de escándalo para Jesús, pretendiendo apartarle de la voluntad de Dios, cooperando sin querer con el mal: “¡Vete de mi vista, Satanás!”

Entre la decisión de Pedro y la decisión de Jesús está la presencia del Espíritu Santo, está el don de consejo. Porque este don es el que nos posibilita hacer realidad lo que es el centro mismo de nuestra vida cristiana: descubrir la voluntad de Dios y actuar en cada momento siguiéndola; eso que Jesús nos enseñó a pedir cada día en el Padrenuestro: “Padre, que se haga tu voluntad en la tierra como en el cielo.” (Mt 6, 10). Este don me empuja a buscar, a discernir, a aceptar y aún a gozarme en la voluntad de Dios sobre mí, sabiendo con certeza que esa voluntad no puede ser más que amor y siempre amor. No puede ser otra cosa.

El discernimiento pasa de ser humano a ser espi-

ritual cuando el cristiano toma conciencia de que su corazón está habitado por el Espíritu de Dios y cree, con fe viva, que él no cesa de actuar en su interior para revelar le cuál es el camino que ha de tomar en cada momento, cuál es la palabra personal que le dirige, cuál es ese nombre propio, ese nombre nuevo que Dios le reserva sólo a él porque, como dice el Apocalipsis, está “grabado en una piedrecita blanca, que nadie conoce, sino el que lo recibe” (Ap 2, 17). Esta es la maravilla que el Espíritu Santo realiza en nosotros a través del don de consejo: revelarnos nuestra identidad, la vocación única, insustituible, intransferible, que hemos de cumplir cada uno de nosotros en el plan de Dios, y que se va realizando en los pequeños actos de cada día, que de esta forma adquieren una dimensión transcendente. El acto más insignificante, realizado desde esta perspectiva, pasa a convertirse de profano en sagrado por esta presencia preciosa del Espíritu, de la gracia, en nosotros. Es lo que un famoso teólogo -Karl Rahner- llama “la mística de la cotidianidad”. ¡Y qué maravilla que hasta el acto más pequeñito que hagamos tenga una dimensión de eternidad!

Y el don de consejo nos da también la posibilidad de ayudarnos, unos a otros, a descubrir esa voluntad de Dios, ese plan de Dios en nuestras

Poco a poco crea en nosotros un corazón que, como por instinto, reconoce lo que es de Dios y lo que no lo es; una especie de olfato que nos permite reconocer la presencia de Dios, las costumbres de Dios, los pensamientos de Dios, la forma de actuar de Dios... y así, en todo momento, obrar según Dios.

vidas, porque el hombre no va nunca solo hacia Dios sino unido a todos sus hermanos. Cualquier encuentro entre dos personas va encaminado a mostrar al otro que es hijo de Dios. Y esto es obra del Espíritu Santo, que nos lleva del corazón de la relación humana al corazón de la relación de la Trinidad, de una dimensión terrestre a una dimensión divina, donde se realiza ese plan sobre el mundo que sólo Dios conoce, según su providencia amorosa.

Todo esto no sucede de la noche a la mañana; nadie tiene un teléfono directo con el Espíritu Santo. En nuestro bautismo se nos ha dado este don, como todos los demás, pero en germen, y el Espíritu, trabajando en nosotros, va transformando nuestro corazón, lo hace capaz de acoger esa luz que “entra hasta el fondo del alma y nos enriquece”, y le va dando la docilidad para dejarse guiar por ella. Poco a poco crea en nosotros un corazón que, como por instinto, reconoce lo que es de Dios y lo que no lo es; una especie de olfato que nos permite reconocer la presencia de Dios, las costumbres de Dios, los pensamientos de Dios, la forma de actuar de Dios... y así, en todo momento, obrar según Dios.

Esto no es fácil. Por eso el don de consejo viene en nuestra ayuda esclareciendo la virtud de la prudencia - virtud que nos hace decidir y obrar según la recta razón- y sobrepasándola. No rechaza la inteligencia humana pero la hace dócil a las iluminaciones divinas, de modo que el entendimiento ya no razona sino que ve, y ve con una infalible certeza. Es aquello que Jesús dijo a sus discípulos: “Cuando os lleven a las sinagogas, ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de cómo o con qué os defenderéis, o qué diréis, porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel mismo momento lo que conviene decir” (Lc 12, 11-12).

Y esto no nos suena raro a ninguno de nosotros, ¿verdad? ¡Cuántas veces nos hemos encontrado diciendo palabras que no eran nuestras! Y con asombro hemos dicho después: -”No sé de dónde salían aquellas respuestas.” Pero sí lo sabemos. Es el susurro del dulce Huésped del alma, que nos

conduce.

Al menos cuatro veces en mi vida he tenido yo que tomar decisiones realmente importantes. Y he sido consciente de que he actuado más allá de lo que mis razonamientos, mis criterios humanos, “mi prudencia”, me aconsejaban. Una voz interior me pedía, como a Abraham: “Sal de tu tierra, deja tus seguridades, abandona tus planes y sígueme a donde yo te mostraré.” Y siempre me he abandonado a esa voz y he caminado en fe. Y hoy tengo la certeza de que mis discernimientos fueron correctos por la enorme paz y por el gozo interior profundo que me acompañaron a pesar de las dificultades. Una vez fue en el terreno laboral. Me ofrecieron un puesto con grandes ventajas económicas y de prestigio, pero suponía quitar mucho tiempo al Señor, a mi familia, a mi comunidad. Desde el punto de vista puramente humano rechazarlo fue algo irrazonable, pero yo sé hoy las grandes gracias que mis hijos y yo hemos recibido a cambio. “Está escrito: No sólo de pan vive el hombre...” (Mt 4, 4) es el consejo que nos da el Espíritu. Y no sólo en los momentos importantes, sino en el discus-

rir de cada día. Las madres y los padres tenemos constancia de cómo actúa este don. ¡Cuántas veces hemos experimentado esa luz, envuelta en amor, que nos descubría lo que pasaba en el corazón de un hijo y nos daba poder para aconsejarle con autoridad y

misericordia!

Y así vemos cómo ha habido santos que se han abandonado tanto al Espíritu Santo que éste gobernaba su pensamiento y les hacía “ver” en todo momento; y gobernaba también su actuar y sólo tenían que dejarle obrar. Es el caso del Cura de Ars, San Juan María Vianney, del que dice su biógrafo que había en él como “una cuerda que vibraba en sintonía con todo lo que era recto y justo, con todo lo que era de Dios, y que sonaba destemplada ante todo lo que no era de Dios, lo que era malo o incorrecto.” El don de consejo había desarrollado en él un sentido espiritual que le permitía discernir sobre su propia vida y la de los demás, de inmediato y como por instinto, con una seguridad, una audacia y una lucidez que provenía directamente del Espíritu de Dios.

Era un hombre humilde, cura de un pequeño pueblo, con pocos estudios, al que, sin embargo, hombres eminentes en todos los campos pedían consejo. Y, una vez, al ser preguntado dónde había adquirido tanta sabiduría, por toda respuesta señaló su reclinatorio. Largas horas delante del sagrario, en oración profunda, habían acomoda-



“Y después no será ya ocultado el que te enseña; con tus ojos verás al que te enseña, y con tus oídos oirás detrás de ti estas palabras: ‘Ese es el camino, id por él’, ya sea a la derecha, ya a la izquierda” (Is 30, 20-21)

do su corazón al del Señor Jesús, le habían marcado con su sabiduría, con su Espíritu resucitado, le habían ungido con su verdad y su luz. El discernimiento se va convirtiendo en un hábito, pero también es verdad que esto no nos exime de buscar y pedir la luz en la oración, que es el lugar privilegiado del encuentro con Dios. A mí me impresiona mucho leer en el evangelio cómo Jesús, antes de hacer la elección de sus doce apóstoles, “se fue él al monte a orar, y se pasó la noche en oración a Dios” (Lc 6, 12ss) ¡Toda la noche en oración para hacer su discernimiento! ¡Y era el Hijo de Dios y su corazón no se había separado del de su Padre desde toda la eternidad, y todo su ser estaba ungido por el Espíritu Santo! Pero necesitaba escuchar.

Esto que sucedió en San Juan María Vianney, sucede en nosotros si nos dejamos. El Espíritu Santo es el Señor de sus dones, y los reparte gratuita y generosamente, pero la libertad del hombre puede colaborar con la gracia o puede rechazarla. Como nos decía un día el P. Jesús María Pitillas, sacerdote dominico de nuestro grupo de oración, una emisora de radio está emitiendo constantemente, pero si nuestro aparato está desenchufado o sin pilas no podemos oír nada; incluso si lo tenemos encendido pero el dial no está ajustado solamente percibiremos ruidos.

Es un ejemplo muy gráfico para comprender que para poder estar en sintonía con el Espíritu, para percibir su voz, para acogerlo y dejarnos hacer por él, hemos de ponernos a su escucha. Poco a poco nuestro corazón insensible de piedra se convertirá en un corazón de carne como el de Jesucristo, y nuestras cuerdas interiores, como las del cura de Ars, vibrarán ante su presencia santa. Sucederá aquello que

anunciaba Isaías: “Y después no será ya ocultado el que te enseña; con tus ojos verás al que te enseña, y con tus oídos oirás detrás de ti estas palabras: ‘Ese es el camino, id por él’, ya sea a la derecha, ya a la izquierda” (Is 30, 20-21).

Y esto no sucede por arte de magia, sino que se va logrando a través de un proceso de purificación, en el que el hombre viejo va dejando su lugar a Jesucristo. Y recuerdo en este momento ese precioso verso de Tagore:

“¡Qué dolor mientras mis cuerdas se afinaban, Maestro mío!

¡Empiece ya tu música y hazme olvidar mi dolor!

¡Hazme sentir, en hermosura, tu pensamiento...!

¡Derrama tu corazón en las cuerdas de mi vida, Maestro mío, con melodías caídas de las estrellas!”

Y es que acoger el don de consejo supone una purificación del corazón: supone hacer morir en nuestro hombre viejo su autosuficiencia, su forma de ver las cosas, su razón, sus juicios, su orgullo; supone un sometimiento a la voluntad de Otro, a veces sin entender, experimentando que nuestro pensamiento y nuestro corazón quieren otra cosa, pero diciendo: ¡Hágase!, como Jesús, como María; supone una confianza y un abandono en las manos de Dios que, a menudo, resultan dolorosos para nuestra carne y nuestra sangre. Pero así se va afinando nuestra alma hasta llegar a experimentar esa dulzura y ese descanso que significa vivir abandonados a la voluntad de Dios, sintiéndonos hijos, e hijos muy amados porque, como nos dice Pablo, sólo “los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios” (Rm 8, 14).

Y esto no es una cuestión de esfuerzo ni tampoco de tiempo, de tiempo físico, sino de apertura al don de Dios, y de docilidad y humildad ante él. Santa Teresita del Niño Jesús, a sus quince años, poseía este don de discernimiento en profundidad. El Espíritu Santo le había revelado aquel “caminito de infancia” que reconoce la propia debilidad y se abre a recibirlo todo de nuestro Dios, y escribía: “He observado con frecuencia que Jesús no quiere que yo almacene pro-

visiones. Me alimenta cada instante con un alimento nuevo que voy encontrando dentro de mí sin saber cómo. Creo que sencillamente Jesús, escondido en el fondo de mi pobre corazón, actúa en mí de una manera misteriosa y me inspira lo que quiere que yo haga en cada momento.” ¡Una preciosa definición del don de consejo hecho vida!

Y esta maravillosa experiencia tampoco nos es ajena. Sabemos que no caminamos solos, que estamos habitados por una Persona, que como

Acoger el don de consejo supone una purificación del corazón: supone hacer morir en nuestro hombre viejo su autosuficiencia, su forma de ver las cosas, su razón, sus juicios, su orgullo; supone un sometimiento a la voluntad de Otro, a veces sin entender, experimentando que nuestro pensamiento y nuestro corazón quieren otra cosa, pero diciendo: ¡Hágase!.

el Padre y el Hijo, también tiene rostro para nosotros: es el consolador en las horas de sufrimiento; es el esposo que sacia esos anhelos profundos para los que el mundo no tiene respuesta; es el padre de los que necesitan ayuda porque se sienten pobres e impotentes; es el defensor en la hora de la tentación; es la suavidad que unge nuestro corazón ante tanta dureza de la vida; el que nos levanta cuando hemos caído; el que unge con vino y aceite nuestras heridas; el que en las horas de oscuridad sigue alumbrando nuestro interior; el que nos revela el corazón del Padre y el rostro de Jesús; el que nos arroja bajo la nube de su presencia y nos va mostrando el camino; el que nos enseña, “hasta de noche me instruye internamente”, como dice el salmo (Sal 16).

A mí me gusta, al acostarme, entrar en la noche con la conciencia de entrar en la presencia del Señor, como si llegara al Horeb, un lugar de encuentro santo. Y le pido al Señor:

”Ahora que voy a rendirme en el sueño, Señor, ahora que voy a bajar la guardia y mi razón, mis juicios, mis prejuicios, mis heridas, mi psicología, mi soberbia... se van a dormir también; ahora que todos los impedimentos, los obstáculos, las barreras que mi yo levanta cada día ante ti van a desaparecer; ahora, Señor, me entrego a ti para que tú actúes en mí. Ahora que me abandono, ¡por fin!, trabájame, sáname, instrúyeme, haz tu obra en mí, Señor...” Y experimento que el Señor lo hace: problemas, preocupaciones, decisiones que me agobian, aparecen al día siguiente iluminados por la luz de Dios.

Otra definición, que a mí me gusta mucho, es la que nos da precisamente el santo Cura de Ars, que sabía bien de qué hablaba. Dice: “El don de consejo es experimentar la acción de la Trinidad en nosotros, acción que es una mezcla de luz y de amor, para juzgar rectamente cuál ha de ser nuestra conducta en la vida práctica de cada día.”

¡Luz y amor! Y san Juan, en su primera carta, nos pide: “Queridos, no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios.” (I Jn 4, 1) ¿Cómo sabemos si nuestras inspiraciones vienen de Dios? Porque sólo si vienen de él nos conducen a Jesucristo. El que busca la voluntad de Dios encuentra siempre el camino, y el camino es Jesucristo: “Yo soy el Camino” (Jn 14, 5). El don de consejo es esa luz que escapa del corazón de Dios y nos ilumina para “ver” a Jesús viviendo en nosotros, y dándonos la fuerza para hacer y decir, en cada momento, lo que haría y diría Jesucristo, nuestro Señor. “El que me siga no caminará en la oscuridad: tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12), nos asegura Jesús.

El don de consejo es esa luz que escapa del corazón de Dios y nos ilumina para “ver” a Jesús viviendo en nosotros, y dándonos la fuerza para hacer y decir, en cada momento, lo que haría y diría Jesucristo, nuestro Señor.

Esa luz que nos lleva siempre a la verdad -y sabemos que la Verdad es también Jesús- y nos concede el valor de proclamarla, aunque duela; de denunciar lo que aparta de Dios, lo que hace daño, dejando a un lado esa falsa compasión con los demás y ese engañarnos a nosotros mismos; que no construye nada porque únicamente se construye sobre la verdad, esa

Por eso, sólo el que tiene un corazón de misericordia puede ejercer el don de consejo o de discernimiento sobre sí mismo y sobre sus hermanos. Y, al mismo tiempo, es el don de consejo el que nos va concediendo un corazón misericordioso, porque es el don que nos hace vivir de acuerdo con Dios.

“verdad completa” a la que nos guía el Espíritu Santo y que nos hace libres (cfr Jn 16, 13; 8, 32). Si nos dejamos llevar por nuestros razonamientos o por nuestros sentimientos, por nuestra forma de mirar las cosas o nuestras falsas compasiones, nos convertimos, como Pedro, en “guías ciegos” para nuestra propia vida y la de los demás (Mt 15, 14); escapamos de los designios de Dios dejándonos llevar por el pecado primero del hombre: el orgullo, que cree que puede corregir el plan de Dios, hacerlo mejor que él.

Pero, además de ser luz, el don de consejo es amor. Dicho de otra forma: es una luz amorosa que nos hace juzgar las cosas, los acontecimientos de la vida y a las personas como lo haría Jesús. Supone aceptar mirar no desde nuestros propios ojos, no desde nuestra propia luz, sino desde la mirada de Jesucristo para actuar en consecuencia. Desaparece nuestro modo de juzgar por apariencias. “Vosotros juzgáis siempre por apariencias...” -nos dijo Jesús- y con este don podemos penetrar en la verdad de las cosas y en el misterio último de cada hombre con misericordia, tal como lo hizo Jesús con todo hombre o mujer que se acercó a él. No les ocultó ni les disculpó

su pecado, no escondió la luz del Padre, proclamó siempre la verdad aún a costa de su vida, pero les amó y les acogió en su pobreza poniéndoles en el camino: “Tampoco yo te condeno. Vete y, en adelante, no peques más” (Jn 7, 11).

Por eso, sólo el que tiene un corazón de misericordia puede ejercer el don de consejo o de discernimiento sobre sí mismo y sobre sus hermanos. Y, al mismo tiempo, es el don de consejo el que nos va concediendo un corazón misericordioso, porque es el don que nos hace vivir de acuerdo con Dios. Y nuestro Dios es amor. Con este don somos capaces de poner nuestro corazón al lado de la pobreza humana, la propia y la de los demás, acogiéndola y amándola desde la compasión de Jesús que se encarnó en ella y por ella dio la vida para sacarnos de nuestras tinieblas y hacernos criaturas nuevas, hijos de la luz que viven como hijos de la luz: “Pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad”. “Examinad qué es lo que agrada al Señor -nos dice Pablo- y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, antes bien, denunciadlas... Mirad atentamente cómo vivís; que no sea como imprudentes, sino como prudentes... Y no seáis insensatos, sino comprended cuál es la voluntad del Señor” (Ef 5, 6ss).

Por todo ello, el don de consejo nos hace “niños en malicia pero hombres maduros en juicio” (I Co 14, 20), porque nos da la luz de Dios para juzgar sobre todo, pero nos la da salida del corazón de Jesucristo, esto es, una luz ungida por el amor, la misericordia y la ternura del Señor. Y, además, con el convencimiento de que esa luz no es propia, es gracia, es don, para que “el que se gloríe, gloríese en el Señor” (I Co 1, 31).

Este don purifica nuestra razón, nuestro juicio, haciéndonos ver que más allá de nuestras facultades, de lo que podemos comprender nosotros, hay una luz distinta que se nos regala gratuitamente y que nos concede el discernimiento del propio Dios ante todas las situaciones de la vida. Fiarse de esa luz y dejar la nuestra nos hace niños, nos hace humildes, nos hace necesitados, en una palabra, nos afianza en la fe -que es el fruto del

...nos afianza en la fe - que es el fruto del don de consejo- y, a la vez, nos hace misericordiosos.

don de consejo- y, a la vez, nos hace misericordiosos. Por eso, la bienaventuranza preciosa que la teología une a este don es: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”.

Y es que ejercer la misericordia es desaparecer uno mismo, dejando de lado los propios sentimientos, los propios razonamientos, nuestras buenas intenciones, nuestros esquemas mentales y psicológicos, para dejar pasar por nosotros la luz del único salvador: Jesucristo, el Señor. Y esto es imposible sin el don del Espíritu Santo.

Hemos visto en la lectura de san Mateo con que fuerza rechaza Jesús el discernimiento de Pedro que le aparta de la voluntad del Padre. Son algunas de las palabras más duras que aparecen en los evangelios. Y es que la verdad no puede ocultarse, ni disfrazarse, ni adornarse. No se le puede quitar toda su fuerza y su poder, “no se puede meter debajo del celemín” (Mt 5, 15): ha de brillar y denunciar y alumbrar a todos los hombres. Pero en el evangelio de san Lucas, (Lc 22, 31-34), vemos actuar la otra cara del don de consejo en Jesús, la cara de la misericordia. El Señor conoce toda la pobreza de Pedro, como conoce la de cada uno de nosotros, y le anuncia que a pesar de todas sus promesas, de su amor propio, de su fuerza de voluntad, de su valentía, de su deseo de seguirle “aun a la cárcel y a la muerte”, le va a negar no una sino tres veces: “Te digo, Pedro: No cantará hoy el gallo antes que hayas negado tres veces que me conoces”. Pero hay en el mismo texto unas palabras pre-

ciosas que Jesús dirige a Pedro, llenas de amor y misericordia: “¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado cribaros como trigo; pero yo -¡Yo!- he rogado por ti para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos”.

Jesús, por encima de su discernimiento, de la luz que le hace conocer el pecado de Pedro, es capaz de ver más allá el corazón de este hombre y creer en él, creer en su arrepentimiento, en su conversión, Y ruega por él con una ternura muy especial. Y le dice: “Y cuando vuelvas, confirma a tus hermanos”.

- “¿Volver de dónde, Señor?”

- “Volver de la experiencia de tu pobreza: Volver de tu cobardía, volver de tu traición, volver de tu limitación, volver de tu pecado... Y volver también de la experiencia de mi perdón, de mi misericordia, de mi intercesión por ti, de mi amor inamovible e insondable. Después de pasar por todo esto, vuelve donde tus hermanos y dales tu testimonio para confirmarles en su fe. Porque entonces, y sólo entonces, estarás preparado para acoger la debilidad de tus hermanos y guiarlos; no desde tu orgullo y tu perfección y tu prepotencia, sino desde tu pobreza, que es igual a la suya, y desde mi misericordia, que es eterna e infinita para todos”.

Ahora Pedro puede confirmarles en la fe porque la fe es, ni más ni me-

nos, que creer en el amor de Dios manifestado en su Hijo Jesús y vivir de ese amor. Y todos hemos tenido y tenemos esa misma experiencia de Pedro de ser amados en nuestro pecado, gratuitamente, por pura gracia. Y

“...entonces, estarás preparado para acoger la debilidad de tus hermanos y guiarlos; no desde tu orgullo y tu perfección y tu prepotencia, sino desde tu pobreza, que es igual a la suya, y desde mi misericordia, que es eterna e infinita para todos”.

este amor nos recrea, nos hace criaturas nuevas. Esta es la segunda cara del don de consejo, porque el discernimiento no acaba en la luz que damos al hermano sino que continúa con el acompañamiento que le ofrecemos desde nuestra intercesión y nuestro amor; no termina en la luz sobre nuestra propia vida, sino en la aceptación de la propia pobreza con misericordia porque la sabemos amada por el Señor.

El don de consejo es como el director de una orquesta que armoniza todos los actos de nuestra vida hacia la consecución de nuestro fin último,



“¡Feliz culpa que nos ha merecido tal Redentor!” Esto es mirar la pobreza del hombre resucitada en la cruz gloriosa de Jesucristo.

Y este es el primer y gran consejo que nos da el Espíritu Santo.

que es la posesión de Dios, llevando al terreno de la práctica lo que los dones contemplativos de sabiduría, inteligencia y ciencia nos han revelado, y dirigiendo y orientando al tiempo los dones afectivos de piedad, temor de Dios y fortaleza. Y es que sabemos que el don supremo es el mismo Espíritu Santo, prometido por el Padre y enviado por Jesús, que actúa en nosotros a través de siete vías o caminos: los dones, que no están separados unos de otros sino que actúan conjuntamente y se complementan.

Así sucede con los dones de luz: Si el don de inteligencia nos hace sentir la verdad de Dios: su grandeza, su belleza, su bondad, su omnipotencia... Y el don de ciencia nos hace ver nuestra verdad frente a él, nuestra verdad, que es limitación, pobreza, necesidad... El primer discernimiento del don de consejo es hacernos descubrir que esa pobreza no es algo negativo, sino que podemos usarla como un arma infalible que nos da todo poder sobre el corazón de Dios. Ese fue el discernimiento de Pedro, el discernimiento que separó su destino del de Judas: ambos habían traicionado al Maestro, pero uno acogió ser amado en su pecado y otro, no.

Teresa de Lisieux había descubierto en un primer paso su pobreza: “Crecer me resulta imposible, debo soportarme como soy”, decía. Pero en un segundo paso aprendió a amarla y, por ello, a su hermana Celina, que se desesperaba por sus fallos y debilidades, le aconseja: “Pídele al Señor que te dé amar dulcemente tu miseria.” No por la pobreza en sí misma, sino porque en ella es donde se derrama todo el amor, la misericordia, la ternura y también el poder de nuestro Dios. Es lo mismo que proclama con gozo la liturgia de la Pasión del Señor: ¡Feliz culpa que nos ha merecido tal Reden-

tor! Esto es mirar la pobreza del hombre resucitado en la cruz gloriosa de Jesucristo.

Y este es el primer y gran consejo que nos da el Espíritu Santo. Si miramos nuestra pobreza tal como nos la muestra el demonio caeríamos en la desesperación. Si la vemos a la luz del don de Dios podemos amarla dulcemente y utilizarla para nuestra santificación. La tendencia del hombre es a ocultar la pobreza, a rechazarla, a luchar contra ella. ¡Somos hijos de Adán...! Y no sólo nuestra pobreza moral, de hombres pecadores que no hacemos el bien que queremos, sino el mal que no queremos (cfr. Rm 7, 14ss), sino también nuestra pobreza ontológica, de seres limitados, abocados a la muerte. Por ello, pensamos que somos amados por nuestros dones, por lo bueno que hay en nosotros, y eso no es nuestro, pertenece a Dios, es propiedad suya, regalo suyo. Él lo único que busca es nuestra pobreza y esa es la ofrenda que podemos darle. Todo lo demás ya lo tiene y en absoluta plenitud. Y Jesús nos lo dice tajantemente: “El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19, 10); “No necesitan médico los que están sanos, sino los que están mal. No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores” (Lc 5, 31-32).

Todos los santos han entendido esto muy bien, pues cuanto más se avanza en la vida del Espíritu más se experimenta la enorme distancia que hay entre nosotros y Dios, distancia que sólo él puede salvar abajándose a nosotros, no al contrario. Por eso el Espíritu Santo nos revela el secreto de nuestra pobreza como un vacío a llenar por Dios y nos conduce a ese lugar, escondido a la sabiduría del mundo, donde se da el encuentro de nuestra nada con el amor de misericordia



de Jesucristo. Lo único que seduce el corazón de Dios es nuestra miseria, eso que a nosotros nos cuesta tanto aceptar y amar en nosotros mismos y en los demás. Es lo que vino a buscar Jesús, que entregó su vida como un malhechor, un fracasado, un maldito, vaciándose de sí mismo para dejarse invadir por la gloria de Dios y mostrándonos así el secreto de la vida espiritual, que es subir bajando.

El don de consejo nos conduce a hacer lo mismo, y así se lo enseñó el Señor a santa Catalina de Sena cuando le dijo: “Yo soy ‘el que soy’, y tú eres ‘la que no eres’.” No la que eres pobre, pequeña, débil... No: ¡La que no eres! Pero añadió: “Pero hazte capacidad y Yo me haré en ti torrente”.

Pues esto es lo que tenemos que pedir cada día al Espíritu Santo: Que vaciados de nosotros mismos, muertos a nosotros mismos, siendo sólo un cauce vacío demos a Jesús oportunidad de hacerse torrente en nosotros, hacerse “agua que salta hasta la vida eterna” ¡Amén. Aleluya!

M^a Jesús Casares

...esto es lo que tenemos que pedir cada día al Espíritu Santo: Que vaciados de nosotros mismos, muertos a nosotros mismos, siendo sólo un cauce vacío demos a Jesús oportunidad de hacerse torrente en nosotros, hacerse “agua que salta hasta la vida eterna”.

Para Meditar...

Del tratado de Guillermo, abad del monasterio de San Teodorico, sobre la contemplación de Dios.

Él nos amó primero

Tú eres en verdad el único Señor; tú, cuyo dominio sobre nosotros es nuestra salvación; y nuestro servicio a ti no es otra cosa que ser salvados por ti.

¿Cuál es tu salvación, Señor, origen de la salvación, y cuál tu bendición sobre tu pueblo, sino el hecho de que hemos recibido de ti el don de amarte y de ser por ti amados?

Por esto has querido que el Hijo de tu diestra, el hombre que has confirmado para ti, sea llamado Jesús, es decir, Salvador, porque él salvará a su pueblo de los pecados, y ningún otro puede salvar.

Él nos ha enseñado a amarlo cuando, antes que nadie, nos ha amado hasta la muerte en la cruz. Por su amor y afecto suscita en nosotros el amor hacia él, que fue el primero en amarnos hasta el extremo.

Así es, desde luego. Tú nos amaste primero para que nosotros te amáramos. No es que tengamos necesidad de ser amado por nosotros; pero nos habías hecho para algo que no podíamos ser sin amarte.

Por eso, habiendo hablado antiguamente a nuestros padres por los profetas, en distintas ocasiones y de muchas maneras, en estos últimos días nos has hablado por medio del Hijo, tu Palabra, por quien los cielos han sido consolidados y cuyo soplo produjo todos sus ejércitos.

Para ti, hablar por medio de tu

Hijo no significó otra cosa que poner a meridiana luz, es decir, manifestar abiertamente, cuánto y cómo nos amaste, tú, que no perdonaste a tu propio Hijo, sino que lo entregaste por todos nosotros. Él también nos amó y se entregó por nosotros.

Tal es la Palabra que tú nos diri-

tando, con tu amor, nuestro amor hacia ti.

Sabías, en efecto, Dios creador de las almas, que las almas de los hombres no pueden ser constreñidas a ese afecto, sino que conviene estimularlo; porque donde hay coacción, no hay libertad y, donde no hay libertad, no existe justicia tampoco.

Quisiste, pues, que te amáramos los que no podíamos ser salvados por la justicia, sino por el amor; pero no podíamos tampoco amarte sin que este amor procediera de ti. Así pues, Señor, como dice tu apóstol predilecto, y como también aquí hemos dicho, tú nos amaste primero; y te adelantas en el amor a todos los que te aman.

Nosotros, en cambio, te amamos con el afecto amoroso que tú has depositado en nuestro interior. Por el contrario, tú, el más

bueno y el sumo bien, amas con un amor que es tu bondad misma, el Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo, el cual, desde el comienzo de la creación, se cierne sobre las aguas, es decir, sobre las mentes fluctuantes de los hombres, ofreciéndose a todos, atrayendo hacia sí todas las cosas, inspirando, aspirando, protegiendo de lo dañino, favoreciendo lo beneficioso, uniendo a Dios con nosotros y a nosotros con Dios.

Y todo lo que hizo, todo lo que dijo sobre la tierra, hasta los oprobios, los salivazos y las bofetadas, hasta la cruz y el sepulcro, no fue otra cosa que la palabra que tú nos dirigías por medio de tu Hijo, provocando y susci-



El Rincón de los Testimonios

Remedios Boy de Zornoza

En una ocasión experimenté cuánto me amaba el Espíritu Santo. Sentí su gozo y tanta felicidad que me dejó cambiada para siempre.

Comencé a buscar por todas partes donde se alabase al Señor o se viviesen sus dones y carismas. No lo encontré. Yo pertenecía a un movimiento de la Iglesia, trabajaba en la Parroquia... pero del Espíritu Santo no se decía nada, y mi ilusión era volver a vivir aquello que conocí...

Pasaron años. Un día leía el periódico *Ya* y vi una pequeña nota que decía que "en Pittsburg, en la Universidad de Duquesne, unos cristianos católicos se reunían a rezar al Espíritu Santo y recibían grandes dones. Hablaban en lenguas y profetizaban, tenían curaciones y con los brazos alzados cantaban alabanzas a Dios".

Mi corazón comenzó a latir con fuerza. ¡Al fin había encontrado lo que con tanto deseo buscaba!

El día 2 de septiembre de 1974 escribí al obispo Mc Kinney de Ann Arbor, diciéndole que por favor me dijera si en España había grupos de hermanos pentecostales. Me contestó enseguida una carta (que guardo enmarcada) diciéndome que, en Madrid, comenzaba uno en la Parroquia Reina del Cielo. Me envió el teléfono de Niceto Calle y de Pepe Pérez Torres para que conectara con ellos.

El miércoles fui a la oración. Era un cuartito pequeño, solo unas treinta personas, pero al entrar me pareció el cielo. Invocaban al Espíritu Santo, levantaban los brazos y decían cosas preciosas. No cesé de llorar todo el rato. Los hermanos me imponían las manos y me daban mensajes en nombre del Señor. ¡Por fin había encontrado mi camino!

Cuando llegué a mi casa todos

me notaron algo especial y me preguntaban que me había ocurrido que estaba tan cambiada. No era la misma persona, Jesús había salido a mi encuentro.

En 1975 fuimos a Roma. Éramos 25.000 personas de todas partes. Pasábamos el día en las Catacumbas. El mundo comenzó a ser diferente para mí. Había viejos, niños, jóvenes, mujeres, hombres, pobres o ricos y todos nos queríamos y nos ayudábamos. Estuvimos varias veces en San Pedro y la gente nos miraba y decía: "parecen los primeros cristianos".

MI vida se transformó. Comencé a conocer la Biblia, a mirar la Iglesia con ojos nuevos, profundicé en la figura de Jesús, que me enamoró. Los carismas y dones del Espíritu Santo me abrieron a una nueva fe.

La Virgen ha encontrado un nuevo sitio en mi vida no con las ñoñerías de antes, sino siendo la mujer fuerte y recia que quiero imitar.

Doy Gracias a Dios Padre que se me ha manifestado en la Renovación, agradezco a mis hermanos que me han hecho sentir tan feliz y que con tanto cariño me han soportado.

En el cielo continuaremos alabando a ese Dios tan bueno, tan grande y que tanto nos quiere.

¡Gloria a Dios!

M^a Remedios
Madrid, 25 de julio de 2007



Era yo un joven estudiante de ingeniería cuando mi madre me invitó a un grupo de oración. La primera visita fue una gran sorpresa. Los cantos de alabanza, el gozo, los brazos elevados hacia el cielo y el entusiasmo por la Palabra de Dios. Era evidente que aquellas personas creían en un Dios vivo que se manifestaba entre ellos. Se oraba por los enfermos, con frecuencia se cantaba y rezaba en unas lenguas extrañas según el don de lenguas. Algunas personas dieron sus testimonios de curación o de favores recibidos. Otra experiencia nueva para mí fue escuchar palabras dichas en nombre de Dios: "Hijos míos les amo", "Hijos míos quiero un pueblo fiel y obediente". Sabía que eran mensajes bíblicos, pero todos los escuchaban con conciencia que son mensajes dirigidos a nosotros ahora y le daban gracias a Dios.

Pregunté si eran católicos y sonriendo me dijeron: "¡claro!". Yo no estaba muy convencido hasta que me demostraron que ese mismo año (1975) habían celebrado una gran conferencia en Roma y el Papa les había concedido celebrar la Santa Misa en el altar mayor de San Pedro, presidida por el Cardenal Suenens. Aquella experiencia de Dios y de hermandad me atrajo y seguí participando semanalmente, como quien descubre un mundo nuevo. Mi experiencia con la renovación fue siempre católica. En ella creció mi amor a la Iglesia, María Santísima y al Papa.

Un día, el líder del grupo nos invitó a un seminario de la vida en el Espíritu Santo, para prepararnos a recibir el bautismo en el Espíritu Santo. Nos explicaron que no se trata de un nuevo bautismo sacramental sino de una apertura del corazón para que

las gracias de aquel bautismo se aviven en nosotros. Fui con gusto, pero no podía yo imaginarme las consecuencias que tendría para mi vida. Antes del bautismo en el Espíritu me confesé y cada día le pedía al Señor que me llenara de su Espíritu Santo. El día del bautismo en el Espíritu nos hablaron de Pentecostés y nos animaron a abrir el corazón a su venida. Yo hice la renuncia a Satanás y renové mi fe en el Credo. Puse mi vida en manos

perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo" (Filipenses 3,8). Arrobado en esa experiencia sentí la certeza de que Jesús me llamaba al sacerdocio y así lo dije. Antes lo había pensado pero le ponía resistencia, pero esta se desvaneció y quedó una convicción profunda.

Al día siguiente me sentí triste ante la vocación al sacerdocio. Otra vez me parecía que sería incapaz de tanta renuncia. Pensé que quizás fue una decisión demasiado emotiva, por la experiencia. Fui a un sacerdote y me dijo lo mismo, aconsejándome terminar la carrera y entonces ver si seguía la vocación. Pero esa noche al orar recibí paz sobre la vocación y me di cuenta que esperar a terminar la carrera sería un error en mi caso. Recibí el pasaje: «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios» (Lucas 9,62). En ese momento salí al jardín de casa y vi una paloma blanca que se posaba sobre la rama del roble. La paloma estuvo en el jardín, casi siempre en la rama, durante una semana. Fue para mí una señal de confirmación que me llenó de gozo. Era el año 1976. Puedo decir que desde entonces jamás he tenido ni la más pequeña duda de que Jesús me llamó

al sacerdocio. Fui ordenado el 15 de mayo de 1982. Quiero expresar mi profunda felicidad y agradecimiento a Dios por haber llamado a este indigno siervo a ser su sacerdote para siempre.

Desde que experimenté la gracia de la Renovación Carismática la he vivido y compartido. El Espíritu Santo no ha dejado de ser un fuego en mi corazón.



de Jesús. FIAT. Le pedí a la Virgen que me ayudara a entregarme como ella, en ella, que se hiciera en mí la voluntad de Dios. "Haz lo que quieras". Recuerdo cuando me arrodillé ante el Padre Doyle y él oró sobre mí. Todos estaban alabando en lenguas. En ese momento experimenté al Espíritu en mi corazón revelándome a Jesús: su amor por mí, su majestad y su humildad. ¿Cómo explicar? Pablo lo dice bien: "Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien



RETIRO DE SERVIDORES ZONA CENTRO

LUGAR: Emaus. C/ Camarena nº 57

CALENDARIO: 17 - Enero - 2009

TRANSPORTE: Autobus 25 (se coge en la calle San Quintín junto a Opera y la parada es Colegio San Juan García)

RETIRO DE INTERCESIÓN

LUGAR: No determinado aún (se enviará un e-mail a todos los grupos cuando se conozca).

CALENDARIO: 31 - Enero - 2009

ENCUENTRO REGIONAL

LUGAR: Colegio Valdeluz. C/ Fermín Caballero nº 55

CALENDARIO: 28 - Febrero - 2009

TRANSPORTE: Metro Cardenal Herrera Oría (salida Fermín Caballero)

CELEBRACIÓN DE LA PASCUA

LUGAR: Herencia

CALENDARIO: 9 al 12 de
Abril de 2009

más información
próximo boletín

PENTECOSTÉS

CALENDARIO: 20 - Mayo - 2009

más información
próximo boletín

Ideas Para Tu Biblioteca



EN EL MANANTIAL DE LA ESPERANZA

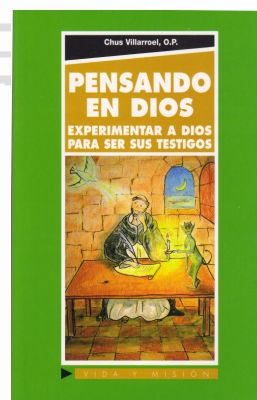
Vicente Borragán Mata

Hoy se habla de crisis de la esperanza y muchos pronostican un negro futuro para el hombre y la humanidad. Pero, ¿hacia dónde camina el hombre? ¿Hay esperanza para su futuro? El destino de la humanidad ya se ha decidido en la resurrección de Jesús. Nuestras preguntas no tienen más respuesta que la presencia del Resucitado entre nosotros. Esa es nuestra esperanza: que en Jesús la vida se ha abierto hacia dimensiones infinitas. Mientras, en la espera, unimos nuestras manos para instaurar en este mundo el reino de la paz, la justicia, el amor y el perdón.

PENSANDO EN DIOS - Experimentar a Dios para ser sus testigos -

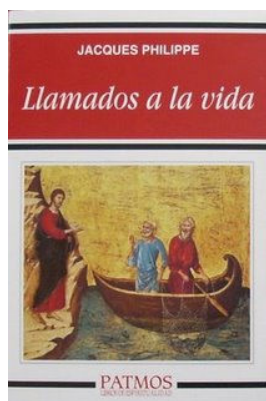
Chus Villarroel

Así se titula el último libro del P. Chus Villarroel. Se trata de una colección de artículos sobre temas de actualidad en la Renovación carismática. Es un libro muy interesante que resalta las últimas experiencias con las que el Señor va enriqueciendo a este pueblo. Ayuda, por tanto, a aquilatar y perfeccionar el lenguaje teológico de la Renovación Carismática. En efecto, las grandes experiencias que nos regala el Señor necesitan ser formuladas y que se expresen con palabras e ideas adecuadas para poder entenderlas, comunicarlas y transmitírselas a los demás. Este libro cumple a la perfección este cometido.



LLAMADOS A LA VIDA

Jacques Philippe



La vida humana es una aventura maravillosa. A pesar de las dificultades y sufrimientos que encontramos muchas veces, la vida nos ofrece siempre la posibilidad de crecer en humanidad, en libertad, en paz interior; y de desarrollar toda nuestra capacidad de amor y de alegría.

Para hacer la experiencia, más que intentar controlar todos los hechos de nuestra existencia, hemos de mostrarnos disponibles a las llamadas que Dios nos dirige, y dejarnos conducir por ellas.

A través de los encuentros con otras personas, de los acontecimientos felices o dolorosos, de los deseos que nacen en nuestro corazón, del eco que suscita en nosotros la Sagrada Escritura, nuestro Padre del Cielo no cesa nunca – de un modo discreto, a menudo imperceptible, pero eficaz – de invitarnos.

¡FELIZ NAVIDAD!



A Tu Servicio

Queridos hermanos: simplemente recordaros que este boletín ha nacido con la vocación de ser distribuido por correo electrónico GRATIS.

Somos conscientes de que muchos de vosotros todavía no tenéis acceso a este sistema de correo. Por ello, permitidnos apelar de nuevo a los hermanos que ya lo tenéis para que contribuyáis a hacer llegar este Boletín a todos aquellos que les pueda interesar. Os damos las gracias por anticipado.

Recordaros también, que en las direcciones que ponemos debajo de estas líneas podemos recibir tus sugerencias y comentarios.

Dinos si el documento te ha servido para algo, qué te gustaría que incluyera o qué te sobra. Si tienes alguna colaboración que hacer, noticias, carta, testimonio, etc., estos son los sitios a los que enviarlas. Desgraciadamente, no te podemos garantizar su publicación, pero sí trataremos de encontrar el mecanismo para mencionarla, por si alguien la quiere conseguir por correo o e-mail.

Teléfono de contacto: 679696060
e-mail secretaria: maciasmamen@yahoo.es
Correo ordinario: Mamen Macías López
C/ Crisantemo, 14 3º C – 28933 – Móstoles (Madrid)

Tu equipo de servidores en la zona centro:

Mamen Sánchez, Mamen Macías, María de la Fuente,
Dori Fernández, Mabel Suárez, Encarna Arnedo, Irene
Laín